

**Guillermo SOLANA**

**los siervos de  
ISSSCO**



La International Sky Sun & Sea Company (ISSSCO) es una multinacional que prácticamente monopoliza la industria del ocio. Controla los centros hoteleros de vacaciones, los vuelos baratos, las cadenas televisivas e incluso el turismo cultural. Lo hace a nivel mundial y sin reparar en medios.

Los «Hogares Aborígenes» constituyen uno de sus mayores negocios. Son enormes parques temáticos, de cientos de kilómetros de extensión, donde se recrea el ambiente de una zona geográfica y temporal concreta (la Francia de la Revolución, la América precolombina, la China imperial, etcétera). Todos ellos están situados en zonas económicamente deprimidas.

La ISSSCO se las ha arreglado para que los gobiernos de los países donde están situados los «Hogares Aborígenes» le cedan la jurisdicción total sobre los terrenos donde estos están situados, y sus habitantes trabajan para la ISSSCO como figurantes, inmersos totalmente en el ambiente ficticio de la zona. Sus contratos de trabajo les convierte prácticamente en siervos de la compañía y les impide salir del Hogar Aborígen donde residen.

Algunos de estos siervos de ISSSCO intentan alzarse contra este poder omnipresente que atenaza sus vidas. Es el caso de Miguel Gori o de Rosa Kuo. Mantienen contra la compañía una lucha a nivel de espionaje, de intriga, de sabotaje e incluso de guerrilla. Saben que la ISSSCO es despiadada y ellos también lo son.

La acción de *Los siervos de ISSSCO* mantiene al lector en una tensión que no decrece toda la novela. Es ciencia-ficción puesto que su trama se desarrolla en un futuro indeterminado aunque próximo, pero resulta creíble como extrapolación de las implicaciones que para la sociedad puede tener el monopolio de una empresa multinacional.

23° 58' N 121° 37' E

NEW YORK, 17 (UAPIR)<sup>[1]</sup> MILES DE MODESTOS ACCIONISTAS (CUARENTA Y CINCO POR CIENTO DEL CAPITAL) DE LA INTERNATIONAL SKY, SUN & SEA COMPANY (ISSSCO) APLAUDIERON AL PRESIDENTE DEL CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN DE LA EMPRESA CUANDO ESTE LES ANUNCIO, A TRAVÉS DE UN CIRCUITO CERRADO DE TELEVISIÓN Y DURANTE LA JUNTA GENERAL, QUE POR CADA DIEZ ACCIONES REGALARÍA UN VIAJE A UN HOGAR ABORIGEN. «ANTES DE UN AÑO, LES DIJO, ISSSCO ABRIRÁ SU CENTRO DE VACACIONES EN MARTE Y EN UN PRÓXIMO FUTURO LLEGAREMOS A LAS FRONTERAS DEL SISTEMA SOLAR»

AFIRMÓ QUE TODOS LOS CENTROS DE VACACIONES DE ISSSCO HABÍAN ARROJADO SUPERÁVIT DURANTE EL EJERCICIO DEL PASADO AÑO Y QUE LA COMPAÑÍA CONTROLABA YA EL OCHENTA Y CINCO POR CIENTO DEL TRAFICO TURÍSTICO MUNDIAL Y LA TOTALIDAD DEL TRANSLUNAR. «EL VIAJE QUE OS OFREZCO, AÑADIÓ MILTON F. ACHALICHE DIRIGIÉNDOSE A LOS PEQUEÑOS ACCIONISTAS, ES SUPERIOR AL DIVIDENDO QUE PUDIERA ENTREGAR A CAMBIO DE VUESTROS AHORROS CUALQUIER OTRA EMPRESA. VIAJARÉIS EN VUESTROS AVIONES, OS ALOJARÉIS EN VUESTROS HOTELES, NADARÉIS FRENTE A VUESTRAS PLAYAS Y CONTEMPLARÉIS LOS HOGARES ABORÍGENES, QUE ESTÁN A VUESTRAS ÓRDENES. ASÍ COMPROBARÉIS ADEMÁS COMO SE ADMINISTRA VUESTRO DINERO».

Las ocho pasarelas de acceso desplegaron sus pasillos telescópicos y se pegaron como ventosas al costado multicolor del avión. La lluvia barría sus alas, ahora totalmente extendidas, que se reflejaban sobre los inmensos charcos de agua del pavimento.

Los rostros que se concentraban en las pantallas de televisión que transmitían al interior las imágenes de afuera, reflejaban idéntico desencanto. Todos aquellos viajeros es-

taban asegurados contra el mal tiempo en general y contra la lluvia en particular, pero la indemnización, como siempre, llegaría tarde. Cuando pudieran cobrar la parte alícuota correspondiente a ese día y deducible del 40 por 100 del importe del viaje, garantizado en caso de mal tiempo (si los meteorólogos de la filial aseguradora de la ISSSCO no lograban demostrar que, al fin y al cabo, aquel día no fue tan malo), la inflación se habría encargado de reducir al ridículo la cantidad de la indemnización.

Habían cruzado medio mundo por un cielo de un azul al que la gran altura tornaba ya muy oscuro. Sus retinas estaban ya hartas de la televisión de a bordo y del cine tridimensional de a bordo y ansiosas de auténticos paisajes verdes, de amarillas playas y de un mar turquesa. Sus estómagos estaban estragados por la insípida comida que solo parecía apetitosa en los abigarrados anuncios publicitarios. Sus posaderas y sus piernas habían sufrido el enclaustramiento de unos sillones concebidos para liliputienses por unos diseñadores sádicos que aprovechaban el espacio al centímetro. Ahora descubrían que aquí, como en los barrios hacinados de donde procedían, su único refugio sería otra vez el holocine y la televisión tridimensional con los mismos personajes que habían dejado a varios miles de kilómetros.

A Shefton la lluvia le puso de peor humor porque, aunque pretendiera parecerlo (con excelentes resultados), él no era un turista dispuesto a pasar unas vacaciones en el Hogar Aborigen que en Hualien explotaba la ISSSCO. Él era, nada más ni nada menos, que un agente permanente a sueldo de la ISSSCO. Para Shefton las vacaciones constituían la regla y el trabajo la excepción sin más condición que la de estar siempre al alcance de un teléfono, dispuesto a entrar en acción cuando le mandaran trasladarse con la mayor presteza al otro extremo del mundo o a la misma Luna (bien es verdad que solo una vez le enviaron al Centro Lu-

nar de vacaciones y no querría repetir la experiencia; averiguó quién era el loco que se dedicaba a perforar las escandras de emergencia, pero su estómago jamás aceptó de buen grado el viaje espacial).

Shefton Rogers, treinta y un años, natural de Plymouth, en Inglaterra, cuya policía conservó de él durante mucho tiempo una ficha que mencionaba un alias vulgar y ya casi olvidado: *Squirrel* (Ardilla). Shefton disparaba mal (y solo disparaba cuando no podía evitarlo), era cobarde y parecía enclenque (pero había aprendido artes marciales en Pyongyang). Sin embargo, los servicios de seguridad de la ISSSCO no contaban con nadie que superara a Shefton en el arte de seguir una pista, de apoderarse de un objeto o de desvelar un secreto.

Por eso estaba en Hualien el ex *Squirrel*, ex chantajista rescatado de la cárcel cuando la ISSSCO tuvo conocimiento de sus portentosas habilidades. Su ficha electrónica quedó borrada «accidentalmente» en los archivos de Croydon (a donde se trasladó en el siglo pasado New Scotland Yard). Naturalmente, cuando se hallaba en la cárcel (de donde salió por medios que no son del caso) no se llamaba Shefton Rogers, pero este era el nombre que figuraba ahora en su tarjeta de identidad, antepuesto a una profesión: «Agente comercial». Los ingleses, como los americanos, se envanecían de que sus tarjetas de identidad fuesen indestructibles e infalsificables. La primera de las afirmaciones era cierta (por lo menos, nadie había demostrado que no lo fuese). La segunda carecía de fundamento.

Cuando llegó al vestíbulo central a bordo de una velocísima cinta transportadora vestía como un turista, pero, en el maletín que no soltaba de su mano derecha, llevaba un equipo de detección y escucha que valía una fortuna.

Quienes habían sido sus compañeros de viaje (y Shefton nunca se había sentido compañero de nadie) se agrupaban ya frente a unos carteles de la ISSSCO que portaban unas

azafatas. Seguirían a estas hasta los andenes de donde partirían para el Hogar Aborigen en un tren electromagnético. Pero Shefton se dirigió hacia el mostrador de una modesta agencia local de alquiler de coches sin chófer y sin control remoto. Cuando preparó el viaje desechó de antemano la posibilidad de recurrir a una de las grandes organizaciones del ramo. Sabía que a donde iba llamaría más la atención con un modelo de los que se desplazan sin tocar el suelo y, si se prefiere, sin tocar tampoco el volante.

Alquiló un viejísimo modelo de ruedas que le estaba destinado desde antes de su llegada y cuyo motor solar no era precisamente el último grito de la técnica. Diez minutos más tarde corría (es un decir) por la carretera que desde el aeropuerto se extiende hacia el Norte, paralela a las anchas playas del Pacífico.

La carretera era llana y para mayor ventaja se hallaba poco frecuentada. Por la derecha le llegaba el rumor del océano y por la izquierda, entre campos cultivados y verdísimos, salpicados aquí y allá por las manchas negras de los búfalos, distinguía una cadena de montañas. Al cabo de una veintena de kilómetros en la misma dirección la carretera se desvió hacia el Oeste y Shefton, cada vez más lejos de las playas, dejó de percibir el ruido del mar.

Ahora tenía frente a sí, cada vez más próxima, una muralla de montañas que parecía infranqueable. Pero Shefton, con el mapa desplegado sobre las rodillas, sabía que no lo era. Entre aquellos millones de toneladas de mármol que formaban esos picachos había un paso hacia el que se dirigía la carretera y que era precisamente el punto de destino de Shefton Rogers: la Garganta del Taroko.

Dejó su coche en la misma entrada de la Garganta, en el aparcamiento que precedía a una bermeja, enorme y bellísima puerta budista. Entonces pensó que, al fin y al cabo, la lluvia tenía su lado bueno porque no había nadie a la vista cuando sacó del maletero del coche el reactor individual

que algún agente de la ISSSCO había dejado allí tal y como estaba previsto.

Del maletín tomó solo lo imprescindible: un lanzamicrofonos telescópico de aire comprimido, tres micrófonos con los correspondientes equipos de radio de diversas frecuencias y la filmadora en vídeo dotada de visores infrarrojos ultrasensibles. Enrolló a su cuerpo cien metros de fibra sintética y se ajustó el arnés del reactor. Después abrió la espita del gas y este hinchó la almohada que ahorraría a su espalda las vibraciones del reactor.

Se elevó lentamente, en perfecta vertical, hasta que el dial de su muñeca derecha señaló los setenta metros de altura sobre el suelo. Entonces comenzó a seguir el curso de la estrecha garganta al tiempo que continuaba ascendiendo. Procuraba evitar, para no ser advertido, la carretera que serpenteaba allá abajo y que desaparecía una vez tras otra en una larga sucesión de túneles. Pero no extremó las precauciones; sabía que a aquellas horas era difícil que hubiera por allí nadie y contaba además con la protección de las nubes bajas que empapaban su cara y que, cada vez con mayor frecuencia, le ocultaban la visión del suelo.

Shefton experimentó frío y se preguntó si solo sería la humedad del ambiente. Se sintió de repente demasiado solo, suspendido en el aire, entre precipicios y sobrevolando un fondo rocoso y estrecho. Él era un hombre de tejados, de cajas fuertes, de naves industriales y circuitos de alarma y le desasosegaba aquella petulante explosión vegetal que habían creado sobre las rocas las lluvias y las nieblas tropicales.

¿Miedo? Shefton Rogers sabía muy bien que el simple miedo aguzaba sus sentidos, perfeccionaba sus habilidades. ¿Premonición? Quizá. Y se estremeció. Pero esta vez no era de frío. Se recordó a sí mismo que iba bien armado y palpó sus tobillos. En el izquierdo contaba con un cuchillo del que nunca se separaba y al derecho se había sujetado una pistola de la que le habían hablado maravillas y que ha-

bía probado un par de veces en un polígono secreto de tiro.

Era, en realidad, un lanzagranadas. Los minúsculos proyectiles destrozaban a un hombre situado a cincuenta metros, aunque el tirador no hubiera sido capaz de atinarle y el cargador contenía cincuenta de aquellas mortíferas bolitas.

El reactor era casi silencioso pero se desplazaba con una lentitud que a Shefton siempre le había parecido agobiante. Y sin embargo, se decía para calmarse, era lógico puesto que la mayor parte de su potencia, que no era mucha, se consagraba a mantenerle en el aire. A veces una brisa muy ligera le apartaba, como si fuera una pluma, del curso que se había trazado. Al menos —pensó— aquí no corría el riesgo de toparse con un cable de alta tensión (como estuvo a punto de sucederle en Pretoria) o con el chorro descendente de una corriente energética teleportada.

No llevaba mapas pero conocía muy bien su objetivo. Lo había visto en decenas de fotografías. Era una minúscula pagoda, blanca y roja, alzada casi al pie de una de las laderas de la Garganta, precisamente allí donde esta se ensanchaba permitiendo que el río que corría por el fondo cobrara más anchura y reposo. Junto a la pagoda, entre helechos, se precipitaba un torrente que procedía de alturas ahora invisibles y que desembocaba en el río tras una cascada blanca y ruidosa.

La pagoda —pero esto no lo sabía Shefton Rogers ni le hubiera importado un comino en el caso de haberlo sabido— fue construida en el siglo XX por un mariscal chino llamado Chiang Kai-chek, pocos años después de ser expulsado con su ejército del continente asiático. Chiang Kai-chek llevó a la Garganta a millares de soldados de aquel ejército que empezaron a abrir túneles y a construir puentes para tender una carretera que cruzara la isla de Este a Oeste.

Hasta entonces, en ese recorrido que forzosamente había de realizarse a pie, se invertían treinta jornadas por veri-



cuetos de pesadilla y vértigo. Cuando estuvo concluida la carretera, los vehículos de ruedas de aquella época, sin duda más afortunada que la que ahora vivimos, pudieron ir de costa a costa en seis horas.

La suspensión electromagnética hubiese tornado en buena parte inútil aquella carretera de no haber sido por la belleza de la Garganta... y los precipicios por los que en caso de fallo del motor habrían caído los coches modernos. Los vehículos de ruedas prosiguieron utilizando la ruta, repletos de turistas. Los camiones tampoco desaparecieron porque los motores modernos representaban un coste prohibitivo para vehículos pesados que no fueran militares.

Doscientos de aquellos soldados de Chiang Kai-chek no volvieron nunca de la Garganta del Taroko. Perecieron por obra de la dinamita que utilizaban para rajar las montañas de puro mármol o de las caídas por aquellas laderas casi cortadas a pico. Cuando la carretera quedó concluida Chiang Kai-chek, muy cerca de la entrada occidental de la Garganta, mandó edificar aquella pagoda en memoria de los doscientos hombres que perecieron accidentalmente en la empresa.

Shefton descendió sobre un risco cubierto de musgo, a unos trescientos metros de la pagoda y a unos cincuenta por encima de su nivel. Armó su lanzamicrofonos y, apuntando cuidadosamente, disparó dos veces. Los dos microfonos, casi invisibles, se clavaron en la fachada lateral, bajo el enorme tejado saledizo a dos aguas. Después se caló los auriculares y por la radio con la que estableció contacto con los microfonos solo le llegó el gorgoteo amplificado del agua que caía del tejado hasta las losas del suelo.

Luego buscó en el risco un escondrijo donde esperar guarecido de la lluvia cuanto le fuera posible. Cuando percibió ruido de pasos sobre las piedras encharcadas ya era de noche. Apuntó a la pagoda su filmadora de infrarrojos y comprendió que tendría que prescindir de las imágenes. Los recién llegados que arribaban en grupos —él contó

veintisiete siluetas pero eran treinta— se cubrían con impermeables de capucha (¿solo para protegerse de la lluvia?). Se contentaría con el sonido y esto es lo que grabó cuando todos se reunieron dentro de la pagoda:

—No es necesario que nos presentemos. Todos sabemos por qué estamos aquí. Es posible que en el futuro, y ojalá sea pronto, nuestros descendientes digan que esta fue una convocatoria histórica, la primera en la que se reunieron los representantes de los Hogares Aborígenes para enfrentarse con la tiranía, con la explotación de la ISSSCO tras haber intentado por separado alcanzar la categoría de hombres auténticamente libres. No somos aborígenes, lo sabéis muy bien, ni nunca hemos querido serlo. Solo somos los hijos, los nietos, los descendientes de muchas generaciones de quienes no tuvieron otra opción que la de someterse para sobrevivir. No queremos permanecer esclavizados en los Hogares como animales de un zoológico porque aspiramos a vivir dignamente...

... Y es de todo punto imprescindible, casi no hace falta que yo os lo diga, que guardemos el más absoluto silencio sobre lo que aquí se decida, sobre lo que aquí resolvamos. Soy el primero en hablar, me habéis conferido ese honor, solo por ser el más viejo de los que aquí estamos, pero no pienso valerme de esa modesta ventaja ni siquiera para ser el primero en formular una propuesta respecto de lo que conviene hacer frente a la ISSSCO. Cedo este honor a Rosa Kuo. Es la más joven y pienso que en esta asamblea más necesitamos de los hombres y de las mujeres jóvenes que de los viejos porque la pugna, lo creo, será larga y dura. Rosa Kuo es, además, taiwanesa. Ha hecho más que todos nosotros para que esta reunión fuese posible.

—Gracias, Amer. Como no sé hablar como tú y como el tiempo apremia, me esforzaré en ser concisa. Pienso que no hemos hecho lo suficiente para forzar a la ISSSCO a una negociación que nos conduzca a la libertad. Cuando quie-

nes gobiernan la ISSSCO y todas sus empresas adviertan nuestra unión y nuestra resolución, accederán probablemente a negociar. Hasta ahora y desde hace mucho tiempo les ha sido muy fácil negarse sucesivamente a negociar con los representantes de los diversos Hogares Aborígenes. No podrán negarse a negociar con todos los Hogares unidos, con esta asamblea o con los miembros de esta asamblea a quienes les encomendamos esa misión. Por eso propongo que se constituya un comité esta misma noche y que, abierta y formalmente, ese comité solicite de la ISSSCO la iniciación de unas conversaciones. La ISSSCO tendrá que dar entonces el primer paso, reconociendo al comité como representantes de las poblaciones de todos los Hogares Aborígenes.

—Para semejante decisión no valía la pena habernos arriesgado a venir hasta aquí. Hace un momento decías que esta podría ser una reunión histórica. Será una reunión simplemente ridícula si lo único que acordamos es ponernos de rodillas, todos juntos desde luego, para solicitar de la ISSSCO una negociación. Creo que hay entre nosotros algunos que no han comprendido que solo podrá ser histórica para los que representamos y para los hijos de sus hijos si la consideramos como lo que realmente debe ser, es decir, como una declaración de guerra. Somos un conjunto de comunidades oprimidas, de grupos económicamente explotados de todas las razas, de hombres y mujeres encadenados...

En aquel momento un levísimo zumbido puso en alerta a Shefton. Sabía lo que significaba: el sistema de contradetección de su receptor había señalado la presencia de uno o varios rastreadores electrónicos.

Se sintió sorprendido y un tanto irritado contra el que le había mandado a Hualien sin prevenirle de que aquellos individuos contaban con semejante equipo. Si lo hubiera sabido a tiempo habría renunciado a toda la impedimenta

electrónica y se habría ocultado a cuerpo limpio en el interior de la pagoda para algo era el Ardilla.

Pero ya era demasiado tarde para pensar en lo que hubiera podido hacer. Dentro de unos minutos habrían descubierto sus micrófonos y el examen de su trayectoria les conduciría poco después hasta aquel risco. Guardó todos sus trebejos y se lanzó al aire tratando de alcanzar la altura máxima en el menor tiempo posible.

No le importaba ya que advirtieran su presencia en el aire con tal de que pudiera escapar. Pero no hacia donde estaba el coche. Se esforzaría por salir de la Garganta y llegar hasta la playa. Allí buscaría una lancha o regresaría a pie a Hualien. No podía pensar en volver al aeropuerto con aquel reactor que consumiría su combustible en pocos minutos.

Pero nunca llegó a la playa. El fino chorro de un láser orientado por un radar capaz de localizar a un ser humano a tres kilómetros de distancia le alcanzó cuando aún volaba sobre la Garganta. O, para ser más exactos, incidió precisamente y sin titubeos sobre el depósito de combustible que llevaba a la altura de los riñones.

Shefton Rogers se convirtió en una bola de fuego que, describiendo una curva elíptica, falso aerolito de blandas entrañas, se estrelló cien metros más abajo contra un amasijo de rocas próximo a la carretera. Cuando al día siguiente le descubrieron, lo que había sido su cuerpo y lo que había constituido su equipo resultarían absolutamente irreconocibles. Los especialistas más concienzudos no podrían hallar rastro de proyectil ni de perforación alguna y tendrían forzosamente que declarar que su muerte había sido accidental.

—Si es que esos chismes deberían estar prohibidos. Solo sirven para gastar tiempo y dinero en la búsqueda de un cadáver que acaba siempre por caer en el peor sitio. Todo el mundo sabe que los reactores individuales, aun manejados por expertos, son unas antiguallas, aunque no existe

nada más moderno en su género, aparatos extraordinariamente peligrosos y con una molesta inclinación a estallar cuando se les antoja.

En el mejor de los casos la muerte de Shefton Rogers sería solo una noticia breve en los telefacsimiles locales.

Quien desde luego no admitirla la hipótesis del accidente sería el hombre de la ISSSCO que había enviado a Rogers a la Garganta del Taroko.

La prehistoria de la ISSSCO arranca de la época en que la semana laboral de cuatro días se generalizó en los países entonces llamados desarrollados.

En 1978, Henk Vredeling, un representante de la llamada Comunidad Económica Europea y encargado de las cuestiones laborales y sociales, afirmaba en un estudio que los países que constituían aquella organización necesitarían disponer para siete años más tarde de ocho millones de nuevos puestos de trabajo con destino a los jóvenes nacidos en el «baby boom» de los años sesenta de aquel siglo, amén de seis millones y medio de otros puestos de trabajo para los obreros que ya estaban sin empleo en 1978.

Su solución: acabar con las horas extraordinarias y reducir la jornada laboral. Pero antes de 1985 ya resultaba claro que aunque hubiese sido estrictamente aplicada, y no lo fue, la solución de Vredeling no habría remediado la situación. Entonces, al final de la década de los ochenta, se impuso paulatinamente en los países industrializados, la semana de cuatro días de trabajo.

Después, en Europa, Norteamérica y el Japón se tornaron ya normales los quince días de vacaciones cada trimestre. Los Gobiernos de esas zonas del planeta pudieron así explicar que la automatización, la minicomputerización, el empleo masivo de los generadores solares, la teleportación energética y toda las restantes maravillas de la técnica habían hecho ya posible que en muchas tareas, las máquinas,

cada vez más numerosas, cada vez más complejas, cada vez más especializadas, reemplazaran a los hombres y estos gozaran de esa manera de un ocio más prolongado.

Callaron que esas vacaciones eran el procedimiento de urgencia para combatir el creciente paro obrero, fruto de la «estanflación» y para impedir que la frustración de las nuevas generaciones amenazara con quebrantar el sistema.

La explotación del ocio se convirtió entonces en la primera industria a escala mundial (pero más de la mitad de la población mundial seguía sufriendo del hambre). La función necesitaba el órgano. La ISSSCO vino luego por obra de un proceso biológico del neocapitalismo privado-capitalismo de Estado que tomó su base en la fusión de sociedades nacionales primero y en la de multinacionales después.

La ISSSCO fue una de estas, quizá la mejor constituida en su campo. (¿Pero dónde empezaba y acababa su campo? ¿En la propiedad de equipos de *rugby* americano y en la reedición de las Obras Completas de Chejov?) Pronto empezó a fagocitar otras multinacionales. Devoró y dirigió a toda prisa urbanizaciones estivales, fábricas de artículos deportivos, líneas aéreas, campos de golf, promotoras del *bricolage*, estaciones de invierno, cotos de caza, circuitos hoteleros, cruceros marítimos, casinos, moteles, holocines, cadenas de televisión y teatros.

Había millones de seres en el mundo que no sabían lo que significaba ISSSCO, pero que habían visto esas letras en los lugares más insospechados. Había también millones de personas para las que el cambio en una vicepresidencia de la ISSSCO podía transformar más profundamente sus vidas que un golpe de Estado o el descubrimiento de un rico yacimiento en su propio país.

Apenas afirmadas las instalaciones permanentes en la Luna, la ISSSCO puso a pleno rendimiento a todos sus *lobbies* y grupos de presión para reservarse el monopolio de su explotación turística. Instaló en la Luna casinos de juego

(no, no fue posible montar ruletas. Técnicamente cabía acelerar su giro para que fuera como el de la Tierra, pero la gente siempre desconfiaría) y centros de recreo en los que las sorpresas (a veces dolorosas) de la diferencia de gravedad enmascararan el tedio insoportable de una existencia enclaustrada y de las excursiones en autobuses-oruga a los «paisajes incomparables» (visto uno, vistos todos).

Un ingeniero demasiado optimista convenció a la ISSSCO para que montara una atracción verdaderamente espectacular: un viaje en aerodeslizador a reacción a lo largo de los vertiginosos tajos del cañón de Hygynus, al sur del *Mare Vaporum*. La idea fue aceptada con demasiada rapidez, pero los *tours* jamás se iniciaron. En el primer recorrido de prueba y aunque aquel ingeniero afirmara que había tenido en cuenta todas las peculiaridades de la gravitación lunar, la ISSSCO tuvo que abandonar la empresa y movilizar a todos sus hombres influyentes en los medios de comunicación para que nunca se supiera que había intentado tamaño dislate.

El vehículo era extraordinariamente voluminoso, puesto que había de portar una gran cantidad de gas que irremisiblemente no recuperaría. Nunca llegó a recorrer el cañón de Hygynus.

Apenas iniciado su vuelo la obturación de una de sus toberas y el aumento en la presión de salida de la gemela lo enviaron dando tumbos a varios miles de metros de la superficie lunar. El cálculo de la órbita en la que se había situado contra la voluntad de sus tripulantes estuvo a punto de hacer enloquecer a una computadora. Varios días tardó en llegar una lanzadera hasta el aerodeslizador convertido en satélite artificial. Pero no llegaba con esperanzas porque las reservas de oxígeno del vehículo solo alcanzaban a seis horas («únicamente se trataba de un paseo»). Allí estaban, aferrados a los mandos, el ingeniero y sus dos ayudantes. Sin las correas que les sujetaban habrían muerto mil veces estrellados contra los mamparos de la cabina. Afortunada-